

Hablar bajo el agua

A la isla solo podíamos acceder en lancha. Mi hermano y yo cantábamos —animados por mamá— «sal solcito, caliéntame un poquito». El clima, más bien, no importaba: nos lanzábamos al agua fría hasta que la piel de los dedos se veía arrugada, como la cara de mamá. Ella nos presentaba a sus amigos de la isla como «sus tesoros». Eso decía de nosotros. Cuando volvía del trabajo en la noche, nos peleábamos por abrazarla. Era «nuestro tesoro».

Mamá estiraba su toalla y muy rápido se quedaba dormida en su cama de arena. Tenía un lugar favorito en la playa: a los pies del faro. Nos contaba que el faro guiaba a los marinos y a los pescadores para volver a casa. Nadie más ocupaba el espacio de mamá los domingos. Sabían que le pertenecía, aunque no habitáramos la isla.

La arena nos aburría. En eso nos parecíamos mi hermano y yo. Con los brazos tibios de sol, ingresábamos corriendo al mar. A esa edad, ahogarnos era imposible; éramos felices pese a que todavía ninguno decía: «esto es la felicidad»; permanecíamos bajo el agua con los ojos abiertos y exploradores; la sal jamás los dañaría. El miedo al mar es adquirido.

Nos encantaba bucear, atentos a posibles descubrimientos: algas con formas de animales, caracoles con fósiles en las espaldas, un ejército de peces amarillos. La primera vez que intentamos hablarnos bajo el agua nos atoramos de la

risa, las voces distorsionadas. Aprendimos a estudiar nuestras señas, a interpretarlas. Cada domingo nuestro territorio se ensanchaba: llegábamos más lejos y más hondo, como si el mar pudiera crecer con nosotros, imitar nuestra curiosidad.

El domingo que encontramos el tesoro, mamá dormía bajo la sombra del faro; el agua se movilizaba verde y azul. Lo señalábamos, nos mirábamos con la boca abierta. Nuestros pies no dejaban de jugar, como peces, alentados por el hallazgo. Una caja de madera con agarraderas enmohecidas, como las que aparecían en las ilustraciones de nuestros libros de cuentos, y donde un adulto podría esconderse con tan solo doblar las rodillas. ¡Cómo no la habíamos visto en nuestras pasadas incursiones! Teníamos que salir a respirar, a hablarnos; las señas con las manos nos eran, esta vez, insuficientes. ¿Hubo piratas aquí?, me preguntó mi hermano. No lo sé, no parece tan antigua. Además alguien la habría reclamado antes. Quizás no la estaban buscando. ¿Le decimos a mamá o es nuestro secreto? Vamos a contarle, le dije, ella sabrá qué hacer. Siempre sabe qué hacer.

Nos sumergimos para observar la caja de nuevo: de ahora en adelante intervendría en nuestros sueños. Al fin podríamos tener una casa propia, enviar a mamá de viaje a Egipto —me veo allí, sobre un camello, nos decía; solo por Egipto podría dejarlos con su padre dos semanas enteras—, y comprarnos con mi hermano trajes de buzo con escafandra y todo. Era nuestra emoción compartida. Nuestro tesoro: uno real.

Él no me esperó, ya estaba cerca de alcanzar la orilla, y pude escucharlo gritar con una voz nueva: «¡Un tesoro! ¡Un tesoro!». Un visitante de la isla se lanzó corriendo al agua. De vez en cuando alzaba la cabeza para verme. Sin yo desearlo, mi cuerpo lo guiaba como un faro y, como

él, era incapaz de moverme. Mamá recién se desperezaba; pude adivinar su estado contemplativo. Mi hermano sonreía; seguro pensaba que el visitante habría de ayudarnos... ¿Cuándo los tesoros son devueltos a sus legítimos dueños?

El hombre se demoró mucho tiempo bajo el agua. Luchó hasta que consiguió sostener la caja de la misma forma en que cargan los salvavidas a una persona que se ahoga. Mamá lo siguió con la mirada, lo vio marcharse con ella, ayudado por otras personas, pero no hizo nada para detenerlo. Mi hermano no podía hablar. Señalaba la caja con el dedo índice y luego me apuntaba con ese mismo dedo, como bajo el agua.

¿Te acuerdas del tesoro?, le pregunto todavía hoy, muchos años más tarde, porque un recuerdo, como el mar, nunca se queda quieto.